



**JESÚS SANZ MONTES**

**SAN FRANCISCO DE ASÍS,  
COMPAÑÍA PARA NUESTRO DESTINO**



San Francisco de Asís, compañía para nuestro destino



100XUNO



Jesús Sanz Montes

# San Francisco de Asís, compañía para nuestro destino

Un acercamiento a la teología de los santos

Prólogo de Carlos Amigo Vallejo



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., 2021

© del prólogo: Carlos Amigo Vallejo, OFM

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, n° 89

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-076-5

Depósito Legal: M-22064-2021

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

# ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
PREÁMBULO	
LA SANTIDAD COMO FORMA DE LA VIDA CRISTIANA..	13
1. La trama del mismo ser de Dios: parecerse a quien nos asemejó a Él.	13
2. El relevo de unos discípulos llamados a la misma misión.....	19
3. Los santos, recordación de ese momento de audacia encendida y espiritual.....	23
4. La teología del santo.....	24
5. Presentación de este libro sobre san Francisco .....	35
I. LA IMAGEN MEDIEVAL DE FRANCISCO:	
EL «ALTER CHRISTUS».....	41
1. La pregunta del contemporáneo: «¿por qué a ti, Francisco?» .....	42
2. La coyuntura sociocultural de aquella época de Francisco de Asís...	45
3. Raíces sociales: un nuevo hombre creador de una nueva sociedad ..	47
4. Raíces eclesiales: un nuevo cristiano creador de una nueva Iglesia...	55
5. El movimiento pauperístico: la vertiente herética .....	59
6. Francisco de Asís entre la apocalíptica humana y la providencia divina	61

7. Joaquín de Fiore y Francisco de Asís: la historia, lugar de la santidad	64
8. En Francisco, Dios habló y actuó para la historia .....	68
9. San Francisco, «alter Christus»: su camino evangélico .....	74
II. LA ESPIRITUALIDAD FRANCISCANA.	
UNA MANERA CRISTIANA DE SER Y DE ESTAR .....	81
1. La espiritualidad cristiana: narración de un Pentecostés en el tiempo .....	82
2. San Francisco y la espiritualidad, una lectura cristiana .....	88
3. En la escuela del Espíritu de Dios con san Francisco .....	96
4. El carisma como herencia y tarea en la historia de la Iglesia .....	144
III. «SANCTA SIMPLICITAS» Y «SANCTA SAPIENTIA»	
LA SÍNTESIS DE FRANCISCO DE ASÍS.....	155
1. Releer un carisma: la fidelidad creativa entre el fundador y la fundación.....	156
2. San Francisco de Asís: «ignorans sum et idiota» .....	164
3. ¿La santa simplicidad <i>versus</i> la santa sabiduría? Una sabiduría llena de simplicidad al servicio de la Evangelización .....	171
IV. LETRA Y ESPÍRITU DE LA TEOLOGÍA ARRODILLADA: SAN FRANCISCO Y SANTO DOMINGO, SAN BUENAVENTURA Y SANTO TOMAS DE AQUINO .	183
1. La «memoria sanctorum»: ejemplo, intercesión y participación ...	185
2. San Francisco de Asís y santo Domingo de Guzmán, mendicantes de la palabra y la fraternidad .....	189
3. De la nueva comunidad a la escuela teológica: san Buenaventura y santo Tomás .....	201
4. Los santos: una luz de Dios en la penumbra de la historia.....	211



V. SAN FRANCISCO DE ASÍS: HOMBRE EUCARÍSTICO. ADORAR Y TESTIMONIAR LA PRESENCIA DE DIOS ENCARNADO.....	215
1. La santidad cristiana, icono de la presencia de Dios.....	216
2. Devoción cristológica: Cristo pobre y crucificado, Cristo eucarístico .....	219
3. Palabra y Eucaristía: escuchar y adorar la Presencia de Jesús.....	225
4. Eucaristía e Iglesia. Otra doble sacramentalidad del Cuerpo del Señor .....	229
5. El escollo de los sacerdotes pecadores y la mirada eclesial de Francisco .....	232
6. Del sacramento de la Eucaristía al «sacramental» del pobre.....	236
7. Adorar a Jesucristo, «aquí y en todas las iglesias» ( <i>Testamento</i> , 5) ..	239
 VI. FRANCISCO Y CLARA: MEDIACIÓN COMPLEMENTARIA LA AMISTAD ESPIRITUAL .....	 243
1. Significado cristiano de la amistad espiritual.....	245
2. San Francisco: itinerario de armonía donde acogió la amistad de Clara.....	252
3. El camino amistoso hacia Dios de Francisco y Clara de Asís .....	262
4. Carisma único y complementario .....	279
 VII. FRANCISCANISMO Y CULTURA DE LA PAZ.....	 295
1. Dos premisas para no reducir la paz a pacifismo en san Francisco ..	296
2. El mundo violento que rodeó a Francisco, hijo de Bernardone.....	299
3. Los cuatro rostros de la paz franciscana.....	303
4. La leyenda del lobo de Gubbio: una parábola para la paz.....	315
5. Haznos instrumentos de tu Paz, Señor.....	327



VIII. EL CÁNTICO DE LAS CRIATURAS. DE SAN FRANCISCO DE ASÍS A SAN JUAN DE LA CRUZ .....	331
1. De la ecología y sus climas cambiantes.....	331
2. San Francisco y su <i>Cántico de las criaturas</i> .....	334
3. <i>Cántico Espiritual</i> de Juan de la Cruz. Declaración enamorada del amor fontal .....	343
4. Incorporarse con los santos al único cántico de la salvación.....	354
IX. DE LA POBREZA DE UN SANTO, A LA SABIDURÍA DE UN POBRE UNA BELLA RECREACIÓN DE ELOI LECLERC .....	359
1. La simplicidad de la sabiduría. El secreto del franciscanismo .....	360
2. La sabiduría bíblica que se abre al Cántico de alabanza.....	368
3. Sabiduría de un pobre: la noche de san Francisco .....	372
4. La sabiduría de un fraile: Eloi Leclerc .....	379
X. SAN FRANCISCO DE ASÍS SEGÚN CHESTERTON: UNA COMPAÑÍA PARA EL DESTINO.....	385
1. Cuando el oficio de escritor compromete una autobiografía .....	386
2. Preámbulo al Francisco de Chesterton: la «cuestión franciscana» ....	390
3. El san Francisco de G. K. Chesterton.....	393
CONCLUSIÓN	
PERTENECER A LA COMPAÑÍA DE LOS SANTOS.....	399

## PRÓLOGO

Así quería ser llamado el nuevo papa: Francisco, como el de Asís. Porque aquel enamorado de Dios fue un hombre pobre, buscador de paz y custodio de la creación. Y Francisco, papa, ha puesto en las manos del arzobispo Jesús Sanz Montes una exhortación apostólica, *Gaudete et exsultate*, sobre la llamada a la santidad en el mundo de hoy, y una encíclica, *Fratelli Tutti*, sobre la fraternidad y la amistad social. Con tan substanciales documentos y la vida y espiritualidad de san Francisco se ha pensado y vivido este libro: *San Francisco de Asís, compañía para nuestro destino. Un acercamiento a la teología de los santos*.

Tres son pues las líneas maestras por las que el autor va llevando el *logos* de Dios a la gracia que el Espíritu fue dejando en Francisco de Asís. La santidad es referente y herencia de identidad: seréis perfectos como vuestro Padre; ser santos como Dios es santo (Mt 5,58). Actitudes y efectos de esta estricta relación con la esencia de Dios es la de mantener el corazón limpio de todo lo que mancha al Amor. Sembrar y buscar paz a nuestro alrededor. Pues hacer la voluntad de Dios es causa permanente de alegría, pues la santidad está muy unida a la felicidad que señalan las bienaventuranzas: alegres, felices, bienaventurados los pobres, los humildes, los que buscan la paz y practican la justicia... Es la pobreza que alaba a Dios con gratitud, la «mística luminosa» tal como la vivía Francisco de Asís y de la que habla el papa Francisco (*GE 127*).

Sobre la tumba de san Francisco, en Asís, el papa firmaba la encíclica *Fratelli Tutti*, sobre la amistad y la fraternidad. El auténtico amor es la forma más noble de la amistad, expresión de afecto que abraza gestos universales de reconciliación, unidad, solidaridad e indiscutibles deseos de paz.

Este pobre de Asís fue el santo del amor fraterno, de la sencillez y de la alegría y quien inspirara al papa Francisco el contenido de la encíclica. «Porque san Francisco se sentía hermano del sol, del mar y del viento, se sabía todavía más unido a los que eran su propia carne. Sembró paz por todas partes y caminó cerca de los pobres, de los abandonados, de los enfermos, de los descartados, de los últimos» (*FT 2*). Francisco de Asís comunicaba el amor de Dios, pues sabía que solamente el hombre que se acerca a los otros para ayudarles puede estar cerca de Dios.

La vida y modelo de Francisco de Asís escapa a toda lógica que no sea la de saber que los pensamientos de Dios no son los de los hombres y que los caminos de Dios no son los de los hombres (Is 55,8). Santidad y teología son binomio inseparable. El santo de Asís quería que los frailes enseñaran buena doctrina, por eso quiso que estudiaran teología, siempre que en nada se apague el espíritu de oración y devoción y que la sabiduría cristiana, como deseaba san Buenaventura, estuviera siempre unida a la misericordia con el prójimo (*GE 46*).

Había que añadir, como eje transversal de este libro del arzobispo de Oviedo, la encíclica *Laudato si*, sobre el cuidado de la casa común, donde el papa señala a Francisco de Asís como excelente ejemplo de unión con los débiles y el cuidado de la creación, con alegría y autenticidad. Un capítulo sobre el *Cántico de las criaturas* y el *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz es un concertado himno al amor de Dios en la creación y en la transformación del hombre por el Amor.

Jesús Sanz Montes, arzobispo franciscano, ha sabido acercar al hombre de hoy, tantas veces confundido entre el ahora y la incertidumbre del destino, a la luz de la teología de la santidad y de la fraternidad humana y universal. El modelo y referente se ha buscado

en Francisco de Asís, el santo que hizo de la pobreza seguridad del amor; en la fraternidad, camino y escuela para la paz; en la alabanza a Dios en todas las criaturas, el aprender a cuidar y custodiar la creación entera.

En cuidada escritura y el mejor estilo literario, el autor hace de este libro un regalo de lúcida teología y amor a la santidad, así como regusto de espiritualidad franciscana.

✠ Fr. Carlos Amigo Vallejo, OFM  
*Cardenal arzobispo emérito de Sevilla*



# PREÁMBULO

## LA SANTIDAD COMO FORMA DE LA VIDA CRISTIANA

### 1. LA TRAMA DEL MISMO SER DE DIOS: PARECERSE A QUIEN NOS ASEMEJÓ A ÉL

Desde la misma predicación de Jesús, se nos invitó a ser santos según esa perfección que coincide con el corazón de Dios: «Sed santos como es Santo vuestro Padre celestial»<sup>1</sup>. No es una comparanza cualquiera, sino de una audacia que casi es rayana con la osadía, si no viniera de los labios de Jesús. Y remachará el Concilio Vaticano II con esa llamada universal a la santidad que propone a todos los cristianos según su eclesial vocación: la santidad ya no es privilegio o prerrogativa sólo de una parte de los hijos de la Iglesia, sino una llamada a todo el pueblo de Dios<sup>2</sup>. Porque, como decía Luigi Giussani, «hay una acepción de la palabra santidad que se refiere a una imagen de excepcionalidad representada por una aureola. Sin embargo, el santo no es profesión de minorías ni una pieza de museo. La santidad es la sustancia de la vida cristiana»<sup>3</sup>. Tan sustancial de la vida cristiana, que podemos decir que está llamada a vivir las cosas todas santamente, es lo que constituye nuestra vida cotidiana. En este sentido dice el papa

---

<sup>1</sup> Mt 5,48.

<sup>2</sup> Cf. *Lumen Gentium*, 38-30. A. Bandera, O. P., *La vocación cristiana en la Iglesia*, Rialp, Madrid 1988, 33ss; J. L. Illanes, «Vida cristiana y llamada a la santidad», en Id., *Tratado de Teología espiritual*, Eunsa, Pamplona 2007, 127-153.

<sup>3</sup> L. Giussani, «El santo es un hombre» (Presentación), en C. Martindale, *Los santos*, Encuentro, Madrid 2009, 5.

Francisco algo que desvela su visión de una santidad llena de cercanía: «me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad ‘de la puerta de al lado’, de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, ‘la clase media de la santidad’»<sup>4</sup>.

Esta santidad es la forma que nos configura con Cristo, la que hace las cuentas con la belleza, la bondad y la verdad que en Jesús se nos ha presentado como camino que retoma la imagen y la semejanza que el pecado nos había hecho perder desde la inocencia original. Será el genio del gran teólogo Hans Urs von Balthasar quien establecerá en esos transcendentales (*pulchrum*-belleza, *bonum*-bondad, *verum*-verdad) la forma que nos identifica como cristianos. En su importante trilogía, el teólogo suizo señala una conexión inseparable entre estos tres transcendentales de la belleza, la bondad y la verdad, auténtica forma cristiana de la santidad. Dice Balthasar: «Nuestra palabra inicial se llama *belleza*... La belleza, en la que no nos atrevemos a seguir creyendo y a la que hemos convertido en una apariencia para poder librarnos de ella sin remordimientos. La belleza, que (como hoy aparece bien claro) reclama para sí al menos tanto valor y fuerza de decisión como la verdad y el bien, y que no se deja separar ni alejar de sus dos hermanas sin arrastrarlas consigo en una misteriosa venganza. De aquel cuyo semblante se crispa ante la sola mención de su nombre (pues para él la belleza sólo es chuchería exótica del pasado burgués) podemos asegurar que —abierta o tácitamente— ya no es capaz de rezar y, pronto, ni siquiera será capaz de amar»<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> Francisco, *Gaudete et exsultate* (2018), 7.

<sup>5</sup> H. U. von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica. Vol. I. La percepción de la forma*, Encuentro, Madrid 1992, 22-23. Cf. R. de Aldana, «Metafísica y percepción de la forma de Cristo. Herencia europea en la estética teológica de Hans Urs von Balthasar», *Relecciones 2* (2015) 21-35.



Esto es lo que san Francisco aplicaba a la unidad armoniosa entre las virtudes: en todas ellas nos jugamos nuestra santidad como cristianos, y censurar alguna de ellas es desbaratar hasta su ruptura la vivencia de las demás virtudes: «El que tiene una y no ofende a las otras, las tiene todas. Y el que ofende a una, no tiene ninguna y a todas ofende»<sup>6</sup>. En efecto, la santidad es la forma de la vida cristiana, como una bondadosa y verdadera manera de testimoniar la belleza de Dios en medio de nuestro mundo. La santidad es el reflejo que atestigua la imagen y semejanza que nuestro Creador imprimió en nosotros al llamarnos a la vida por Él creada. Esta es la gloria bella y embellecedora de la que habla Balthasar: «En un mundo sin belleza —aunque los hombres no puedan prescindir de la palabra y la pronuncien constantemente, si bien utilizándola de modo equivocado—, en un mundo que quizás no está privado de ella pero que ya no es capaz de verla, de contar con ella, el bien ha perdido asimismo su fuerza atractiva, la evidencia de su deber-ser realizado; el hombre se queda perplejo ante él y se pregunta por qué ha de hacer el bien y no el mal... En un mundo que ya no se cree capaz de afirmar la belleza, también los argumentos demostrativos de la verdad han perdido su contundencia, su fuerza de conclusión lógica»<sup>7</sup>.

Todo esto nos jugamos con la forma de la santidad que deja de serlo cuando mancha la belleza, pervierte la bondad y confunde la verdad. Necesita cada generación ser salvada por una gracia que Dios siempre concede al presentar en cada tiempo un modelo de santidad contemporánea que sea el grito de la inocencia primera antes del pecado, que ha sido propuesta como camino, verdad y vida en la Belleza del Hijo por antonomasia, como dijo Jesús en el contexto de aquella cena postrera<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> *Saludo a las Virtudes*, 6-7. Los textos de las fuentes franciscanas primitivas los tomamos para San Francisco de: J. A. Guerra (ed.), *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*, BAC, Madrid 2011; para santa Clara de: I. Omaechevarría, *Escritos de santa Clara y documentos complementarios*, BAC, Madrid 2004.

<sup>7</sup> H. U. von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica. Vol. I. La percepción de la forma*, Encuentro, Madrid 1992, 23.

<sup>8</sup> Cf. Jn 14,6.

En su exhortación apostólica, ya citada, sobre la llamada a la santidad en el mundo actual, *Gaudete et exsultate*, el papa Francisco ha querido rescatar esta vocación que no puede jamás ser reducida ni secuestrada sólo por una parte de los miembros de la Iglesia de Dios, dado que «para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales»<sup>9</sup>.

Habría, pues, muchas maneras de vivir nuestra vida cristiana, pero nunca puede ser un modo aislado, autosuficiente, solitario. Sencillamente, dejaría de ser cristiana o nunca lo habría llegado a ser. Porque Dios no es aislamiento, ni autosuficiencia, ni solitariedad. Ha querido revelársenos y hemos descubierto por ese gesto gratuito de su amor, que Él es comunión de Personas. Son distintas como tales, pero tienen la misma condición divina. El Padre que quiere al Hijo, y que lo quiere en el Amor. Esta es la quintaesencia de nuestra fe, que sólo los cristianos profesamos. No se debe a que seamos más perspicaces, o hayamos sido más profundos, ni siquiera necesariamente más virtuosos y coherentes. Si sabemos lo que sabemos de Dios, es porque Él nos lo ha contado. Lo ha hecho a través de una larga historia, que tuvo su momento cenital en la encarnación humana de su Verbo,

---

<sup>9</sup> Francisco, *Gaudete et exsultate* (2018), 14.

cuando su Palabra eterna se hizo voz en nuestra historia, y cuando desde su condición Filial se hizo también nuestro hermano. Así nos fue contando entre gestos y palabras, entre milagros y parábolas, lo mucho que le importamos nosotros como criaturas a quien nos hizo como Creador llamándonos a la vida.

Pero no se aceptaron las reglas de juego, y prendió el incendio que nos empujó a una tentación con trampa. «Seréis como Dios»<sup>10</sup>, fue el señuelo, y tras él, la tragedia de un pecado original y originante<sup>11</sup>. No obstante, una historia tan larga como la misma humanidad, fue testigo de la paciencia de Dios para con sus criaturas rebeldes y caprichosas que porfiaron ser como Él por sí mismas tomando las frutas prohibidas, levantando las torres de Babel indebidas y adorando becerros de oro, como expresión torpe y maldita de todas sus engañifas perdedoras y perdidas. En esa paciencia divina, aparece en el libro de la Sabiduría un anticipo de cómo aquella historia tendría un final tan inesperado como inmerecido: «Cuando un silencio lo envolvía todo, y la noche se encontraba en la mitad de su carrera, tu Palabra todopoderosa, Señor, saltó de tu trono real de los cielos a una tierra condenada al exterminio»<sup>12</sup>. Toda la historia de la salvación pende de esta verdad expresada por el autor sapiencial: un silencio y una oscuridad que han sido vencidos, ganados por una palabra acampada que nos ha traído la luz que no conoce ocaso. Dios ha puesto su tienda en medio de todas nuestras contiendas. Así es la historia a la que se nos llama<sup>13</sup>.

---

<sup>10</sup> Gen 3, 5.

<sup>11</sup> Cf. L. Scheffczyk, *Urstand, Fall und Erbsünde. Von der Schrift bis Augustinus*, Herder Verlag, Friburgo-Basilea-Viena 1981; G. Martelet, *Libre réponse à un scandale. La faute originelle, la souffrance et la mort*, Cerf, París 1986; J. L. Ruiz de la Peña, *El don de Dios. Antropología Teológica especial*, Sal Terrae, Santander 1991, 42-198; L. F. Ladaria, «El 'pecado original'. La condición pecadora de la humanidad, consecuencia del rechazo de la gracia original», en Id., *Teología del pecado original y de la gracia*, BAC, Madrid 1993, 55-131; M. Flick - Z. Alszeghy, «El hombre alienado por el pecado», en Id., *Antropología teológica*, Sígueme, Salamanca 2006, 219-316.

<sup>12</sup> Sab 18,14-15.

<sup>13</sup> Cf. J. Sanz Montes, «Aquel silencio que todo lo envolvía. La espera del Mesías como Palabra», en Id., *María y su itinerario cristiano. Una compañía materna en nuestro camino*, Ciudad Nueva, Madrid 2020, 41-51.

A partir de entonces, un compás de espera que siglos duró, sin cuartel ni descanso, con duelo y sin reposo. Los propios de tener que trabajar con sudor, engendrar con dolor, y sabernos extraños hijos como si fuésemos huérfanos y sin gozo fraterno ante nuestros prójimos que se convertían en adversarios y rivales. Pero Dios no se escapó, no quiso dejarnos al paio de ningún abismo, y entonces decidió salir de nuevo a nuestro encuentro. Esta es la historia larga y hermosa que desde aquel día el Señor volvió a escribir dejando que cada día trajera su argumento, con su ensueño y su afán. La paciencia de Dios será siempre nuestra salvación, como decía la segunda carta de san Pedro<sup>14</sup>.

Un sinfín de enviados que vinieron a acompañar a ese Pueblo errante y perseguido, a ese hombre y mujer heridos, que a pesar de todo tenían escrito en su corazón cuál era su origen y hacia qué destino se encaminaban sin censura sus pasos con una incensurable inquietud en su corazón, según la bella expresión agustiniana<sup>15</sup>. Pero en medio de esta nostalgia infinita, en medio de todo cuanto es posible imaginar sin verlo, se mezclaban tantos momentos oscuros, mediocres, confusos, de temores ante Dios, de enfrentamientos con los hermanos, y de rupturas íntimas de cada uno en sus adentros. Dios se tomó tiempo, respetó a esa criatura humana tan poco respetuosa de sí misma, y tomó la decisión salvadora de venir por sí mismo a traernos su mensaje siendo Él el mensajero<sup>16</sup>.

En este punto, queda todavía lejos la conciencia clara de ser llamados a una santidad que nos devuelve la posibilidad de parecernos al tres veces Santo que nos creó<sup>17</sup>, pero representará la trama de la historia de salvación que describe y acompaña la andadura humana vinculada a un pueblo escogido cual paradigma como fue Israel, y luego el nuevo Israel que es la Iglesia, nos señala la trama que Dios

---

<sup>14</sup> Cf. 2 Pe 3,12.

<sup>15</sup> Cf. San Agustín, *Confesiones*, 1, BAC, Madrid 2013, 79.

<sup>16</sup> Cf. J. Sanz Montes, «La vida, ¿paraíso perdido?», en Aa. Vv., *De jardines y de hombres*, CAM, Madrid 1999, 167-174.

<sup>17</sup> Cf. Is 6,3; Apoc 4,8.

mismo quiso escoger. Los santos serán quienes mejor comprenderán y abrazarán esta divina osadía. Hemos de tener mesura para ver el itinerario hacia la santidad que se presenta en esa historia con una calma pacífica que tantas veces se hace lenta, pero jamás con una indiferencia pasiva de quien renuncia a la llamada. Ahí está ese derrotero bondadoso por el cual hemos sido encontrados y sostenidos de modo tan inesperado como inmerecido, pero que representa el camino cristiano que nos conduce hacia el Dios Santo acompañados por nuestros hermanos los santos, esos mejores hijos de la Iglesia, en los que Dios nos ofrece «el ejemplo de su vida, la ayuda de su intercesión y la participación en su destino; para que, animados por tan abundantes testigos, cubramos sin desfallecer la carrera que nos corresponde»<sup>18</sup>.

## 2. EL RELEVO DE UNOS DISCÍPULOS LLAMADOS A LA MISMA MISIÓN

Un punto de inflexión será el acontecimiento cristiano que representa la encarnación del Hijo de Dios. Esa presencia inaudita que introduce un factor de novedad capaz de cambiar la vida que acepta cruzarse con ella. Lo decía con fuerza Benedicto XVI en su primera encíclica: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»<sup>19</sup>.

Por ello hemos de volver a ese punto de encuentro en el que la llamada a la santidad toma rostro y se hace camino en el ministerio de Jesús, redentor del hombre. Al marchar de nuevo al Padre aquel Hijo bienamado, no se marchó deshaciéndose de la humanidad que asumió sin dejar de ser Dios. Se llevó nuestra humanidad en la suya, para que entrase en el cielo esperado el latido de nuestro corazón que palpita

---

<sup>18</sup> «Prefacio I de los Santos», en *Misal Romano. Editio minor*, Libros Litúrgicos, Madrid 2019, 502.

<sup>19</sup> Benedicto XVI, *Deus caritas est* (2005), 1.

en sus entrañas divinas. Pero mientras se despedía de sus discípulos, dejó dicho que quedaba una promesa en el aire: el Padre y el Hijo enviarían al Espíritu como abogado y consolador<sup>20</sup>. Esta es la cumbre de la fe de la Iglesia, que acoge esa promesa como cumplimiento en el tiempo de lo que el mismo Jesús les dijo a sus discípulos en aquella cena postrera.

Hubo un adiós tras los acontecimientos de la pascua, quedando difusa tal vez aquella promesa del envío del Espíritu Santo que Jesús hiciera semanas antes en su discurso de la última cena. En aquel mismo cenáculo de confianzas, estando ahora en oración con María y otros discípulos, se nos acerca dos escenas bien distintas en la mañana de Pentecostés: una la de los discípulos encerrados en el cenáculo por miedo a los judíos. Otra, la plaza de Jerusalén atestada de gentes que venían del mundo entero conocido como si hubieran sido convocados allí para escuchar o recibir algo<sup>21</sup>. Son dos ámbitos que nos resultan familiares a nosotros en no pocos sentidos: la encerrona del miedo y la plaza de los desafíos, cuando a nuestra vez ponemos nuestro nombre y domicilio. Había miedo de todos los colores, había sospecha ante cualquier sobresalto, y las puertas cerradas a cal y canto. Pero allí estaba María, la Madre de Jesús, que transformó aquella encerrona en un retiro de adviento pentecostal: esperar, les dijo, estamos aquí para esperar, porque se nos hizo una promesa que no defraudará. Hemos de poner nombre a nuestras preguntas, y abrir el corazón para que cuando llegue el cumplimiento de la promesa que hizo Jesús, reconozcamos en él la respuesta.

La historia cristiana representa el cumplimiento puntual de la promesa de Jesús, un Pentecostés prolongado y actualizado para cada generación, en el cual el Espíritu vuelve a hacer realidad ese estupor de los primeros discípulos ante el Señor, y el estupor de las gentes venidas a Jerusalén ante los discípulos *espiritualizados* en la mañana de Pentecostés: otras culturas, lenguas, gentes... tienen también acceso a

---

<sup>20</sup> Cf. Jn 14,25-26.

<sup>21</sup> Cf. Hch 2,1-11.

las maravillas de la salvación de Dios. Este Pentecostés prolongado en el tiempo como un permanente cumplimiento de la promesa de Jesús es lo que ha dado lugar a tantos carismas que han ido construyendo la Iglesia, acercando el Evangelio eterno a cada generación temporal. En el fondo, la historia de la Iglesia es la historia de los cristianos que han acogido el don de Pentecostés en medio de sus vidas, desafíos y avatares.

De este modo, podemos decir que la promesa del Espíritu se cumple en el tiempo de la Iglesia cuando en cada generación surge un carisma (don del Espíritu) que con su vigor recuerda y lleva a su plenitud lo que habiendo dicho ya Jesús se olvida, o no se acaba de entender. Podemos olvidar o traicionar lo que este Dios Trinidad nos ha dicho y mostrado, pero en los santos fundadores el Espíritu nos vuelve a decir lo que se nos dijo por Jesús, como oyente y adorador del Padre Dios, y esto sucede en la larga encrucijada de la historia en donde toma forma de belleza y bondad, lo que el pecado deforma con sus olvidos y traiciones<sup>22</sup>. El catolicismo ha subrayado una y otra vez la necesidad de mirar a determinados sitios —lugares de peregrinación— y a determinados rostros —los santos—, porque el espacio y el tiempo son las únicas coordenadas para reconocer y localizar una presencia real<sup>23</sup>.

Hay personas que prefieren no hacerse preguntas, o rodearlas como mejor pueden para evitar la provocación de los interrogantes que nosotros no sabemos resolver. Esto nos deja pobres y vulnerables, y entonces tratamos de salirnos por la tangente del divertimento, por la vereda de la distracción, por el abismo de cualquier frivolidad propia o ajena, para maquillar la provocación que la vida nos impone

---

<sup>22</sup> Cf. H. U. von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica*. Vol 1. La percepción de la forma, Encuentro, Madrid 1992, 73-74; J. Álvarez Gómez, *La vida religiosa ante los retos de la historia*, Claretianas, Madrid 1979. Este último trabajo ha sido retomado ampliamente en su obra J. Álvarez Gómez, *Historia de la Vida Religiosa*. vol. I-III, Claretianas, Madrid 1987-1991.

<sup>23</sup> Cf. J. Sanz Montes, «La memoria sanctorum o el justo recuerdo de los santos», en G. K. Chesterton, *San Francisco*, Encuentro, Madrid 2012, 12-13.



con las preguntas esenciales sin que nosotros podamos controlar o manipular las respuestas. En esto estaban aquellos discípulos con María, orando y esperando. Pero, de repente, unas llamas trajeron luz a sus vidas apagadas, y acercaron su lumbre a sus sospechas heladas. Las puertas y ventanas hicieron saltar sus cepos y cerrojos, y pudieron asomarse a la vida real de tanta gente venida de todo el mundo como si hubiera hecho Dios con todos ellos una quedada.

Salieron de su escondrijo, dejaron atrás sus miedos y sus lágrimas, dejaron de mirar a un cielo evasivo y se lanzaron a contar algo inaudito, algo que no podían censurar en sí mismos, se lanzaron a cantar la Buena Noticia de que Dios no era rival en sus desgracias sino cómplice de lo mejor de sus vidas. Las maravillas de Dios se entendían en todas las lenguas, el bálsamo de su gracia ponía ternura en sus desgarreros, y el horizonte malagüero de sus desdichas dejaba espacio para el amanecer de la verdadera alegría. En aquella mañana de pentecostés, Dios volvió a pasear su pascua, su paso renovado a la hora de la brisa, llenando de luz y esperanza los corazones que esperaban tal vez sin saberlo, que algo aconteciese, que alguien viniera a decirlo con belleza y regalarlo sin ningún precio.

Nosotros, dos mil años después, también andamos entre nuestras tentaciones de mirar devotamente distraídos al cielo, o afanarnos desesperados en los desafíos de la tierra. Y sentimos los miedos de todas las clases, y los cansancios de toda ralea, mientras que censuramos las preguntas que nos hacen mendigos de las respuestas verdaderas. Es ahí donde Dios nos espera, nos abraza y nos abre el significado misterioso que puede ir dejando en nosotros y entre nosotros esta dura experiencia.

Pero aquel Espíritu tenía como misión la de «recordar» y «culminar en plenitud de la verdad», lo que a través de la historia de la humanidad se olvidaría o seguiría sin entenderse<sup>24</sup>. Traiciones y falta de comprensión honda, nos harían ignorantes y necios, pero Dios no

---

<sup>24</sup> Cf. Jn 14,25-26.

quiso resignarse a semejante despropósito y desvarío. Ese Espíritu vino en aquella mañana de Pentecostés para eso: para recordarnos lo olvidado y enseñarnos lo no entendido. No obstante, quienes no estábamos en aquella plaza, quienes no hablábamos aquellas lenguas, quienes nacimos después en tantos otros lugares y en otros tiempos, quienes hemos crecido en otras matrices culturales, ¿cómo haríamos para poder acceder a las maravillas de Dios que en todos los idiomas se cantaron por parte de unos discípulos llenos de fuego?

### 3. LOS SANTOS, RECORDACIÓN DE ESE MOMENTO DE AUDACIA ENCENDIDA Y ESPIRITUAL

Es donde entra lo que llamamos el don de nuestros hermanos los santos. Ellos han puesto el domicilio de sus circunstancias y la fecha de sus edades, para que cuanto el Padre nos dio para siempre en su Hijo, eso que nosotros tendemos a olvidar y a traicionar con nuestra mediocridad, cansancios y pecados, el Espíritu siguiera recordándolo y continuase haciéndonos capaces de comprenderlo. Esto es, cabalmente, lo que han hecho y siguen haciendo los santos.

En estas páginas, nos acercamos a un santo particularmente «cristiano». Francisco de Asís ha tenido ese raro título en la tradición eclesial que lo identifica no sólo como un «verdadero cristiano», sino como «otro Cristo», como luego veremos. Así se le reconoció en la Edad Media. Alguien que, por su sencillez, su profundidad, su radicalismo evangélico, pudo vivir y testimoniar lo que es la santidad, la santidad amable, la que da gloria a Dios mientras es bendición para los hermanos.

Mi condición de hijo espiritual de san Francisco, hace que muchas veces me haya acercado a esa compañía, la de este santo, como una ayuda inmerecida y, para mí, imprescindible, para que yo llegue al destino para el que fui llamado en medio de los avatares diversos de mi biografía, y las distintas responsabilidades que he recibido en la Iglesia.



## San Francisco de Asís, compañía para nuestro destino

Los santos no son desplazamiento de la Belleza de Dios ni ensordecimiento de su Palabra, sino la humilde verificación en la historia de los hombres de que esa Palabra se sigue escuchando y esa Belleza se puede contemplar. Ellos se convierten así en el más hermoso testimonio del Señor resucitado, testigos de esa presencia y revelación. «San Francisco era verdaderamente un icono vivo de Cristo» (Benedicto XVI). Es lo que de un modo precioso reconoce la Iglesia en esos rostros como ya enseñaba la *Didaché*. San Francisco de Asís es una de las historias de santidad más enraizadas en el Evangelio, atravesando los siglos y generando en su grande familia espiritual, todos los registros de una santidad encarnada en el tiempo de cada época y en los lares de cada espacio. El *Poverello* es, por eso, una compañía que nos ayuda con discreción a llegar a ese destino para el que cada uno nacimos, que no es otro que la santidad cristiana. Una compañía que acompaña nuestra fidelidad, no una suplencia que desplaza nuestra libertad.

«En cuidada escritura y el mejor estilo literario, el autor hace de este libro un regalo de lúcida teología y amor a la santidad, así como regusto de espiritualidad franciscana» —Cardenal Fr. Carlos Amigo Vallejo, OFM



ISBN: 978-84-1339-076-5



9 788413 390765